



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

BERLÍN SECRETO FRANZ HESSEL

Epílogo de Walter Benjamin

Traducción de Eva Scheuring



errata naturae

Índice

Berlín secreto	7
<i>Epílogo</i>	145

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2013
TÍTULO ORIGINAL: *Heimliches Berlin*

© de la traducción, Eva Scheuring, 2013
© Errata naturae editores, 2013
C/ Río Uruguay 7, bajo C
28018 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-60-2
DEPÓSITO LEGAL: M-25299-2013
CÓDIGO BIC: FA
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)
IMAGEN DE PORTADA: © A. C. Collection
MAQUETACIÓN: María O'Shea
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Hasta la primavera de 1924 vivió en Berlín un joven cuya presencia agradaba a los hombres y mujeres de su círculo, sin que se interesaran realmente por su persona. Sólo cuando se marchó, algunos de ellos comenzaron a sentir una nostalgia difícil de explicar. Ahora cambian voz y cara cuando hablan de él, lo recuerdan a menudo y lo hacen protagonista de relaciones y destinos que apenas tuvieron que ver con él.

Resulta inolvidable la entrada de Wendelin en casa de Margot, poco antes de su marcha, con el uniforme de gala de su bisabuelo, el ayuda de cámara Von Domrau. Margot les había rogado que se disfrazaran. Sólo algunas mujeres le hicieron caso, y ningún hombre, exceptuando a Wendelin. Entre los paños oscuros y las sedas de colores, la estrecha casaca militar, de un rojo pardo desteñido que ya sólo se encuentra en los antiguos libros infantiles coloreados a mano, parecía de un tono más vivo que todo lo demás; las piernas, enfundadas en estrechos pantalones blancos, cuyas trabillas pasaban por debajo de los zapatos, no parecían tocar el suelo, sino que, cuando andaba o bailaba, era como si se sostuviesen sobre una capa de aire, y cuando estaba quieto parecían reposar sobre una tablilla,

como un soldadito de plomo. El alto cuello con los galones aumentaba la tímida nobleza de su porte, separando la rubicunda cabeza de tez clara del resto del cuerpo como hubiera hecho el filo de una espada.

Bebió poco, pero ya tras la primera copa veía a las personas y los objetos en esa vaga lejanía que concede la embriaguez feliz; se sentía maravillosa y ecuanimemente entregado a todos aquellos que lo miraban, hablaban, tocaban, mientras él mismo hablaba poco, y en voz baja, y apenas devolvía los roces de los demás. La noche transcurrió así en una bella vaguedad y, en realidad, sólo al despertar a la mañana siguiente se dio cuenta de lo que le había ocurrido. Con melancolía, porque debía dejar un mundo al que había cogido cariño, volvió a sumergirse en las suaves olas del sueño y en la profundidad de lo soñado; al principio no de lo soñado en imágenes, sino sólo de lo que se sueña con el oído y el olfato, con la piel y la sangre. Sintió la suavidad de extrañas almohadas, el perfume del polvo, y, en el interior de la mano, la frescura húmeda de la copa de vino; percibió el olor a heno en el pelo de Margot y el aroma de pino en Karola. Más tarde comenzó a soñar con imágenes, y, por encima de los hombros apartados y las miradas observadoras de los amigos, vio a la desconocida que había venido con Sebald, vio su alto yelmo blanco de plumas sobre el ovalado rostro, con los pómulos de un joven héroe. ¿Se había fijado en algún momento en él? ¿Le había hablado? No lo sabía. ¿Cómo era su voz?

Cuando soñaba esta figura; cuando, en sueños, quería verla más de cerca y con más nitidez, cuando empezaba

a construir sus caderas, de las cuales sólo conocía el contorno y no lo esencial; cuando, ya medio despierto, buscaba la forma de sus manos, se despertó del todo, encontrándose en la estrecha cama de madera de la habitación más pequeña de aquella pequeña pensión, que estaba situada —y todavía lo estará— en Unter den Linden, cerca de la Friedrichstraße, cuatro pisos por encima de tiendas y oficinas. El confuso ruido de la ciudad subía amortiguado y armonioso; la diversidad de la vida de abajo se convertía en el pulso vital de algo que llegaba suavemente hasta su joven calma regia, hasta el miserable colchón, dividido en tres partes, de la cama alquilada. En el sillón estaba el extravagante uniforme de gala del día anterior y encima de él, como una mancha blanca, la carta de la madre, que exigía que abandonara aquella ciudad.

¡Abandonar esta querida ciudad! No ver más, en las largas avenidas, delante de los pasos de los amigos, el empedrado iluminado por las farolas, no ver más la habitación de Donath, dibujada por la claridad, llena de santos de madera, animales de vidrio, chinos de porcelana y espejos. No ver, tampoco, el perfil de Clemens, inclinado bajo su lámpara de estudio en el apartado cuarto interior, ni a Karola en el profundo diván debajo de la imagen del severo emperador romano. ¡Ni tampoco a Margot en el hipódromo, ni a Margot en su pabellón! Mentalmente repetía el camino recorrido el día anterior, desde el puente de Potsdam hasta la tranquila calle secundaria: pasaba por debajo de la amplia bóveda y el oscuro patio hasta llegar al corral de las gallinas, subía la escalera hasta el entresuelo del

pabellón bajo —que quizás fuera lo que quedaba de una mansión señorial de la antigua carretera a Potsdam—, alcanzaba el vestíbulo con los rotos floreros de piedra, la puerta de madera —dividida, a la manera clásica, en cuarterones, como las puertas de los templos, pero pintada, al gusto burgués, de un verde pálido—, y cruzaba la galería, que era el comedor de Margot y que daba a la pared vecina —enteramente cubierta de plantas—, para llegar por fin al gran salón, poco adornado y tenuemente iluminado, cuyo centro estaba siempre vacío, preparado para el baile, y con las paredes cubiertas de almohadones y bancos acolchados. Allí paseaba Donath cómoda y diligentemente con su esmoquin, que lo acariciaba como acaricia la suave bata a una mujer rica.

Karola, de nuevo con el turbante blanco en la cabeza y ceñida en muselina blanca, lo cogió del brazo. Bailando, parecía superarlo en altura, aunque era más baja que él. Sentía su profunda mirada tan cerca como nunca antes a lo largo de sus dos años de amistad. ¿Por qué, entonces, lo había abandonado tan de repente? ¿Qué era lo que Margot le contaba con tanto ahínco sobre la esposa de un rico fabricante, a la que él debía cortejar? No prestaba mucha atención. Veía cómo, con un sano tono rosáceo, la nuca de ella sobresalía resplandeciente del cuello muy abierto de la camisa de hombre, observaba los breves movimientos de los rectos hombros, el precioso cuero algo roto de los pantalones, los delgados pies en las altas botas. Le hablaba de un modo enérgico, como si quisiera reñirle, y esto le resultaba agradable.

«Al hipódromo sí que podría volver una vez más», pensó Wendelin. «A lo mejor, como despedida, si le cuento que debo marcharme, Margot daría conmigo un paseo a caballo por el Tiergarten». De esto, el día anterior, no había informado a nadie.

Pensando en ello, se levantó rápidamente de la cama y se puso un par de zapatillas de muchos colores, que obviamente no habían sido compradas, sino que habían sido bordadas por una mano cariñosa. Eran un regalo de Maja, Maja la del grupo de baile, y tenían un considerable valor, ya que ella no solía dedicarse a las labores. Maja era la única «conquista» de estos dos años de estudiante. A las otras, muchas, amigas con quienes había intimado le había faltado justamente esa pequeña chispa de oposición y enfrentamiento que posiblemente sea necesaria para una conquista. Muchas de ellas también lo consideraban más amigo de sus amigos que de ellas mismas; y Wendelin no sabía hasta qué punto estaban en lo cierto. Tan sólo esta valiente chica había comenzado con adversidad algo con él, algo que, desafortunadamente, había acabado con la misma adversidad. Y tenía que admitir que las circunstancias le daban la razón a ella y lo culpaban a él, aunque, en realidad, había caído en la desgracia de Maja con la misma inocencia que antes en su gracia.

Wendelin se dirigió al palanganero en la esquina de la alcoba. Bajo el agua fría cerró los ojos. Como siempre, por desconsolado que pudiera estar antes, fue un momento de felicidad. La toalla le resultaba tan agradable como la muselina que cubría a Karola.

Sonó el timbre, y poco después se oyeron unos golpes en la puerta. Se puso rápidamente el pijama y abrió. No había nadie. El vidrio opalino de la puerta del pasillo mostraba un destello que le hacía sentir la proximidad de la primavera. Y cuando miró hacia un lado se percató de que en el espejo de enfrente se reflejaba la caída de unas pieles que traían el dulce letargo del invierno. Karola se volvió hacia él.

—Qué bien que estés en casa —dijo—. Quién sabe adónde habría ido si no te hubiera encontrado.

«Todavía no es de día», pensó, «el sueño continúa», y escondió la cabeza en las pieles de su hombro. Se habría quedado mucho más tiempo así, en la puerta, pero Karola entró en la habitación.

—¡Qué cuarto tan juvenil tienes!

—¿Todavía no lo conocías? He estado tantas veces en tu casa... Y tú nunca en la mía.

Extendió la barata colcha de flores de la pensión encima de la cama y buscó el cojín del sillón.

—Sí, deja que me tumbe un rato.

Se estiró, Wendelin la cubrió con una manta.

—Esto recuerda a los viajes —dijo ella cerrando los ojos.

Wendelin se tumbó a sus pies, y miró su cara. Los labios se cerraban con firmeza, como si hubiera tomado una decisión, las cejas estaban imperiosa y dolorosamente fruncidas, pero el rubio cabello caía con suavidad y ternura sobre la dorada palidez de sus sienes.

—¿Qué tal desde ayer? —preguntó, algo inseguro, cuando ella abrió los ojos.

A él la pregunta se le antojó estúpida, pero ella parecía querer oírla, pues contestó con detenimiento:

—Nada bien, Wendelin, no puedo seguir viviendo así, algo tiene que pasar, quiero irme. ¿No puedes ayudarme, viajar conmigo? Entre tus tíos y primos hay muchos diplomáticos. ¿No pueden mandarte al extranjero? Yo sería entonces tu vieja secretaria. Si hace falta, seguro que soy eficiente; sólo que nunca me dejan hacer nada sensato. Hablo bien inglés y francés, incluso algo de italiano; también sé escribir a máquina, aunque despacio. Te ríes, pero a mí no me apetece reírme. Sería mejor que te tomaras en serio el que haya acudido precisamente a ti. Es extraño, pues eres muy joven y aún no has demostrado lo que vales. Pero ayer, al bailar contigo, sentí que quizás seas el único de todos nosotros que no se resigna y que todavía no es razonable.

Quería cogerle las manos, pero las puso debajo de la cabeza, reposando los brazos sobre las pieles.

—Ahora me estás mirando como si fueras mi joven hermano, el que ha muerto. Él no habría permitido que me echase a perder así. Me habría alejado de quienes permiten que degeneré. Pues eso es lo que hacen todos en casa: mi marido, mi hermana, mi hijo. Clemens con su sempiterna bondad, Oda con sus atenciones diarias, e incluso el pequeño Erwin; no permiten que haga nada útil, únicamente exigen que esté presente y que me deje mimar. Anoche, cuando me vestía para estar guapa en casa de Margot —pues una siempre aspira a ponerse lo más bella y perfecta posible para ir allí, ya que ella misma es tan

exigente consigo misma: su crítica es mucho más importante para mí que el reconocimiento de los hombres, que casi siempre son poco precisos—, cuando quería vestirme y no encontraba lo adecuado entre todos esos pañuelos y chales que nosotros —que no somos ni muy pobres ni grandes compradores— tenemos en abundancia y que, como todos los trapos viejos, están llenos de recuerdos, me fui a la habitación donde duerme el niño y di con un cajón, en el cual, entre almohadillas de lavanda, se guardan sus cosas de bebé... ¿Por qué guardarlas? Deberíamos regalar o vender todo lo que ya no usamos. Estaba revolviendo entre esas cosas cuando el pequeño se despertó y se levantó en su camita. «¿Aún no estás durmiendo?», le pregunté. «¿Me permites que me vista con tus cosas de bebé?». Y cuando ante el espejo empezaba a envolverme y velarme de blanco, Erwin preguntó, todo sorprendido: «¿Pero quieres volver a ser un bebé, mamá?». «Sí», dije, «quiero volver a empezar desde el principio y ser del todo diferente». Entonces vi en el vidrio cómo su carita, que antes había estado risueña, se iba desfigurando, cuánto lo desconcertaba pensar que yo tenía otras posibilidades, no sólo la de... ser su madre... en realidad sólo «mamá». La auténtica madre de la casa es Oda. Quería ponerme una cinta en la frente. Y es que, aunque también llevo ya el pelo corto, sigo sin saber si debo mostrar la frente desnuda o dejarme flequillo. También debería teñirme, ya tengo algunas canas.

—Quedan especialmente bonitas entre tu claro pelo rubio.

—Ah, no digas eso si no quieres que sufra más de la cuenta.

—Cuéntame lo de la cinta.

—Me la hice con las gasas de Erwin, y dejaba colgar las puntas desde los hombros. En ese momento llegó Clemens vestido con su bata azul, en la boca la pipa que nunca fuma de verdad, ya conoces esa terrible costumbre suya: es característica de él, esa pipa vacía. No necesita el tabaco, se fuma la ilusión. Ya ha engordado a raíz de tanta abnegación. Me di la vuelta para preguntarle: «¿Estoy demasiado fea así?». «Estás faraónica, preciosa como una momia», dijo Clemens. ¿No es una sentencia de muerte? —Wendelin acarició con devoción la manta que cubría sus pies—. Llegó Oda para ponerme el abrigo. Ella, que es mucho más guapa que yo, nunca va a fiestas. Es quien lleva la casa, educa al niño, y además diseña tapices y fabrica muñecas. Y a mí, un ser inútil, me mandan fuera, a bailar.

—Vuestra convivencia siempre me ha parecido ejemplar.

—Soy tan superflua...

—Tú eres el centro, le das sentido a todo, eres como un sueño de los tres.

—Ay, si estuviera muerta podrían soñar mejor conmigo. Soy un lujo, y eso que quisiera ser como el pan de todos los días para los demás.

Wendelin sentía cómo su corazón latía contra la envoltura de sus pies. Se alzó un poco, para luego dejar caer la cabeza en su regazo. Yaciendo así se acordó de una frase de su amigo Clemens. «Cuanto más dignamente

empobrecemos, más vamos notando que el lujo nos resulta mucho más necesario que el pan de todos los días». Podría haberlo dicho, pero estaba tan a gusto... sentía la mano de ella sobre su pelo y oía la suave voz que hasta en sus quejas sonaba a caricia.

—Clemens me cuida como a una planta, a veces con preocupación en el invernadero, a veces en el jardín, fiándose pacientemente de la estación. Pero a mí habría que tratarme como a un animal fiel, con rigor y cariño, manteniéndome siempre en movimiento. Tengo que irme, recorrer de nuevo lo que llamamos *el ancho mundo*, conocer la libertad y el peligro, antes de resignarme definitivamente a interpretar los sueños de mi familia algún tiempo más y hacerme vieja; ojalá no demasiado vieja...

Wendelin levantó la cabeza y cogió sus manos, ahora sí se lo permitió.

—Mi queridísima Karola, ¡y yo sin saber nada de esto! Y ahora vienes a mí, ahora que tengo que marcharme.

—¿Tú? ¿Pero adónde?

—Al campo, a casa de mi tío, donde vive mi madre. Quieren que me haga agricultor, que abandone los estudios.

En ese instante una carta se deslizó por debajo de la puerta. Wendelin quería hacer caso omiso, pero Karola dijo:

—Por favor, léela.

—No ahora que estás tú aquí; la carta puede esperar.

—Por lo menos, lee el nombre del remitente.

Se levantó y cogió la carta:

—De mi prima Jutta.

—Léela, porque si no pensarás todo el tiempo en ella, y yo he de tratar aún muchos asuntos contigo.

Se sentó en el suelo, delante de la cama, apoyó la cabeza en la rodilla de Karola y leyó:

Schilleninken, 25 de abril

¡Querido Wendel!

Hace mucho tiempo que no tengo noticias tuyas. Cuando me fui de viaje de novios me escribías a cada oficina de correos; desde que he vuelto, me ignoras. Estoy sentada en el Belvedere, que los Schröder efectivamente me han cedido para el resto de mi vida. Esta buena gente es tan amable... y lo siguen siendo incluso ahora que la empobrecida señorita Von Domrau se ha convertido en la esposa de un banquero burgués. Creo que Eißner, en secreto, ha tenido la generosa idea de volver a comprar toda la finca, pero es lo suficientemente sutil como para adivinar que ese repentino regalo nupcial no me hubiera gustado. En algo, por lo menos, debemos guardar las apariencias de este matrimonio por conveniencia. Por cierto, su caballerosidad es más que correcta. Como es mi deseo, me permite llevar durante toda la primavera mi acostumbrada y apreciada vida de retiro. No has venido desde nuestra memorable conversación sobre el matrimonio, después de aquella montería. ¿Recuerdas? Ay, Wendelin, si entonces, seriamente, me hubieses hecho desistir... pero tú lo querías, y yo me fié de tu prudencia, tan joven y a la vez tan vieja, y quizás está bien así.

Escucha, Wendel, si tus estudios lo permiten, o si todavía estás en periodo de vacaciones universitarias, hazme una visita. Mi marido ahora *está movilizado*, según dice. Aplica a la vida civil esta expresión procedente de la jerga militar y de trincheras sin siquiera pensarlo. Le alegra mucho que me hagas compañía. Si no tienes dinero para el viaje dice que vayas a su oficina. Aquí tendrás una bonita buhardilla con ventanas rodeadas de plantas, así como una chimenea para las tardes frescas que quizás no quieras pasar conmigo delante de mi pequeña estufa. Cuando mires desde la ventana tendrás un cielo tan estrellado por encima de ti como sin duda no se podrá ver por encima de tu palacete en la avenida Unter den Linden, y en la planta baja tendrás a tu fiel prima, que te esperará con tardías pastas y conversaciones de té.

¡Vente!

Jutta

Wendelin terminó de leer y miró a Karola.

—¡Leona! —dijo, lleno de admiración. Ella se había enroscado la cabeza en el zorro que un momento antes, enrollado, había servido como cojín. Ahora rodeaba su cara como un turbante erizado, estrecho y salvaje; rabo y patas estaban entrelazados cayendo a modo de melena sobre los hombros.

—¿Quién es esa prima Jutta que te escribe, una terrateniente con quien debes casarte?

—Creo que la conoces, es la mujer del banquero y mecenas Eißner.

—Nunca la he visto en casa de Eißner. Todo el mundo olvida que está casado. ¿Es guapa? ¿La quieres?

—Pues yo...

Karola se apoyó en el codo:

—¿Quieres que me vaya? ¿Tienes algún compromiso?

Se echó encima de ella.

—Te lo ruego, Karola, ¡quédate! Eres más importante que todo lo demás. ¿Qué quieres que haga? ¿Adónde quieres que vayamos?

—Pero has dicho que tienes que ir a casa de tu madre...

—¡Tengo que ir adonde estés tú!

El tono apasionado en que pronunció estas palabras tal vez no fuese más que una reacción. No estaba seguro. Y como en los extremos de su conciencia sentía todavía la imagen de su prima y algunas otras imágenes, miró directamente a Karola, como si llevara anteojeras. Las mujeres excitan las pasiones como los *agents provocateurs* excitan al pueblo que aún no está lo suficientemente agitado.

—¿Adónde vamos, Karola?

—¿Qué propones?

—Tengo una tía que vive en Fiesole —dijo Wendelin con la boca algo pequeña—. Posee un viñedo y frutales. Me ha ofrecido ir allí si no aguantaba la vida de Alemania. Le ayudaría en la huerta y enseñaría alemán y latín a sus dos hijos.

—¿Ves?, así yo podría hablar inglés y francés con los niños. También podría ayudar a tu tía en el campo. ¿Tiene ganado?

—Esperemos que sí.